INAUGURACION DE MONUMENTO

A Vicente.

LOS hombres graves desaparecieron
después de haber clavado al mediodía
su bastón de solemnidad.

Quedó sola la estatua. Y quedó el niño
a su sombra, riendo. Era evidente
como la hoja verde; inexplicable
también como la hoja verde.

¿Qué hacía el niño aquél? ¿Quién era? ¿Cómo
vino hasta allí? Y ¿por qué? Súbitamente
el niño desapareció.
Y no como los hombres de antes, esos
del canto llano del discurso.
No: como un ángel o una melodía;
así fué: como el viento o el amor.

La estatua aquélla señalaba
hacia el lugar justo del hombre,
el que rompía sus cadenas, lágrima
a lágrima. Y su exvoto era la propia
estatua, cincelada verso a verso,
imán para el recuerdo, testimonio
liberador, inmortalizador.
Allí, donde indicaba el brazo, allí
estaría el poeta, el hombre, oculto,
acechando su gloria, imaginando
lo porvenir. Detrás de los arriates
estaría: su vida clara,
sin peso. Entré...
Allí estaba
el niño. Y comprendí.

JOSÉ HIERRO